

PRÓLOGO

Se subió la capucha y atravesó las oscuras y silenciosas calles de East Village. Nevaba copiosamente. Estaba ante el frente frío de las primeras embestidas del invierno. Manhattan entera estaba cubierta por espesas capas de nieve, y allí, en esa callada East Village —quizá la única zona silenciosa en toda la ciudad— los edificios residenciales se alzaban a ambos lados de la calle como piezas sueltas de un juego de legos, pero más sombrías y peligrosas.

La chica vestía de negro de los pies a la cabeza: pantalones, camisa y cazadora. La capucha sumía su rostro en una oscuridad semejante a la de una cueva. El contraste de la blanca nieve sobre su negro atuendo le confería cierto aire misterioso, deletéreo y furioso, como las fauces de un lobo rabioso.

Antes de echar a andar hacia el lugar de la faena, dio un vistazo hacia el extremo opuesto de la calle. Su compañero había aparcado la oscura camioneta a una cuadra del lugar donde ella se hallaba. En ese momento, una pareja iba caminando a los costados con actitudes románticas. Ninguno reparó en la presencia de la chica vestida de negro que estaba en medio de la calle como una sombra confinada por la luna. La chica de negro, como una sombra, llegó hasta la re-

sidencia donde se encontraba la indefensa chica que debía salvar de la amenaza de los pyxis.

Golpeó la puerta. Sabía que además de la nueva protegida no había otra persona en la casa. Aquella situación le trajo recuerdos vividos de no hace mucho tiempo, de una chica que se encontraba en las mismas circunstancias, sola y vulnerable, ante los ineludibles peligros del mundo. Golpeó la puerta una vez más. Sabía que tocar el timbre no sería suficiente para arrancar a la jovencita de los brazos del sueño, de modo que hacerlo no era una opción.

Golpeó con más fuerza.

Nadie contestó. La chica de negro se acercó a los labios lo que, aparentemente, era un reloj digital en su muñeca. Estaba a punto de enviarle un mensaje a su compañero cuando oyó una voz vibrante desde el otro lado de la puerta.

—¿Quién eres? —dijo aquella voz.

No contestó.

—¿Quién eres? —repitió más vibrante que antes—. ¿Quién...?

Era el momento.

—Helen McGraw —dijo por fin.

Hubo un silencio prolongado.

—Sí...

—Me han enviado a por ti —se oyó decir la chica de negro—. Tu madre ha sufrido un accidente.

Escuchó un cerrojo. La puerta se abrió pasado un segundo.

Una muchacha emergió de las sombras, tímida y descalza. Tenía una mata de rizos pelirroja cayéndole a los lados del pálido y pecoso rostro juvenil. Sus ojos cobrizos miraron a la otra chica de arriba abajo, con mucha suspicacia.

—¿Quién... eres? —vaciló.

Se miraron fijamente. Se escuchaba el sonido del viento que hacía oscilar los copos de nieve entre ellas. La chica de negro dio un paso adelante, concienzuda. Se llevó una mano al borde de la capucha y, despacio, develó su rostro.

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE DEL FUTURO

CAPÍTULO 1

La secundaria estaba cubierta por un aura gris que distaba del atardecer, radiante y despejado, que dominaba sobre el edificio; o al menos ésa era la perspectiva que tenía de Saint Saviour. Y de cualquier secundaria en general, a decir verdad. Se agazapó y, a través de la ventana de la oscura camioneta, observó furtivamente la entrada del edificio.

Tragó saliva. El silencio, minutos previos a la campanada, le ponía la piel de gallina.

Para empezar, no debería estar allí: las reglas de la Agencia prohibían —salvo que fuera estrictamente necesario— acercarse a determinadas personas de la época. Pero no podía evitarlo. Por mucho tiempo, desde su llegada, había luchado con aquel impulso, evitando cruzar alguno de los puentes que conectaba Manhattan con Brooklyn. Y, evidentemente, fue inútil.

Solo un mes desde su arribo a la época bastó para que diera una vuelta por Prospect Heights, donde tenía firmemente prohibido poner un pie. Lo hacía a espaldas de sus compañeros; no había podido negárselo a Dawit cuando lo confrontó hace dos semanas, y el silencio de Juno hablaba por sí solo. Claro, pensó, Juno no tenía ningún problema, pues las únicas personas de esa época que le interesaba ver estaban en el mismo lugar que ella.

No obstante, Rhys era el principal problema. Su hermana, incapaz de romper un plato aunque su vida dependiera de ello, lo había amenazado reaciosamente a hacerle la vida imposible si llegaba a descubrir que estaba visitando a una chica en cuestión o a cualquiera de su círculo más cercano. Él había mantenido un bajo perfil y, hasta ahora, no había levantado el más mínimo recelo de parte de su hermana. (De haberlo hecho, ya lo sabría; Rhys no podía esconder sus emociones, como el enojo que le provocaría saber que había roto las reglas de la agencia.) Además, sus compañeros, Juno y Dawit, a veces le hacían cortinillas a sus clandestinas escapadas.

Escuchó una timbrada. Hubo un breve instante de silencio y calma y luego las puertas de Saint Savoir se abrieron hacia fuera, dejando escapar el bullicio de cientos de voces de que precedía a los jóvenes estudiantes del instituto. Suspiró hondo y se hundió aún más en el asiento de conductor; sintió que se le ponía la piel de gallina y que sus hombros se tensaban. La camioneta, oculta entre los vehículos del parking, era negra y tenía las ventanas polarizadas; nadie podría mirar a través de ellas aunque estuviera a escasos centímetros de distancia.

Qué estúpido, pensó. Y se irguió un poco más. No podía evitarlo: aquel temor ineludible a que alguien lo viera o, peor, que notara que los estaba observando.

El mar de estudiante se abría hacia la calle en una bataola de cientos de rostros desconocidos, estilos variopintos y voces ininteligibles, una sobre otra. Se mantuvo alerta para no perder a su objetivo. Echó un vistazo al reloj en su muñeca y confirmó la hora. Sabía con quién se juntaba cada uno de ellos, y por ende, podía hallarlos a través de las caras de su

grupo de amigos. De esa forma sería más fácil. Primero lo divisó a él: alto y rubio, sonrisa relumbrante, de ojos grises que resaltaban a la distancia y tan atractivo que parecía encantar a todos los que lo rodeaban, entre ellos un chico de piel oscura bastante musculoso y alto como un junco.

Unos minutos después, las chicas emergieron, algo rezagadas, como era habitual. Una de ellas tenía el cabello largo y negro, e impresionantes ojos azules, llevaba muy calado el bolso sobre el hombro y un suéter de terciopelo morado que resaltaba su palidez y combinaba con sus zapatillas deportivas. Su mejor amiga, que la tomaba afanosamente del brazo, no paraba de chismorrear mientras se dirigían al auto de la madre de ésta. Estaban a un par de metros de distancia de la camioneta negra, al otro extremo del parking, de modo que no lo advertirían. Con todo, él había decidido que la próxima vez que visitara aquel lugar se ocultaría tras un árbol o en otro edificio para evitar riesgos.

La chica de cabello negro y ojos azules, familiares, entornó la vista y echó una ojeada hacia el recodo del parking, donde estaba el chico rubio y su grupo de amigos. «Así que ya había empezado —pensó él, como si no conociera la historia de antemano. Y aun así no podía evitar sentirse sacudido por una misteriosa emoción que sentía al presenciarlo con sus propios ojos—. Qué real.»

Ambas abordaron el Dodge y se marcharon.

Estuvo mirando hasta que el parking quedó medio vacío; en seguida se enderezó en su asiento y, aspirando profundo, encendió la camioneta.

CAPÍTULO 2

—La Tierra llamando a Evelyn. —Tabita agitaba las manos ante ella—. ¿Estás ahí?

Evelyn parpadeó. Odiaba cuando Tabita hacía eso, aunque tenía la leve conjetura de que Tabita compartía el mismo sentimiento que ella ante su desapego de la realidad. Era distraída, sí. No como aquellas personas que olvidaban dónde dejaban las llaves de su auto, o las que perdían sus anteojos cuando, realmente, los tenían sobre la cabeza; su padecimiento era más agudo que eso.

Evelyn volvió en sí y fijó la vista en su amiga.

—Sí, estoy aquí. Para.

—Lo siento —dijo Tabita con un mohín divertido en los labios—. Te has perdido... otra vez.

Eve escuchó un leve bullicio a su alrededor. Al parecer la clase de química había terminado. Los estudiantes estaban saliendo del salón; no había rastro del profesor Henri, que solía salir precipitadamente hacia la cafetería por su infusión de las tardes, intervalos antes de que sonara la campana.

—Vamos, chica. —Tabita le hizo una seña con las manos; Evelyn se levantó, recogió sus cosas y la siguió a fuera—. Oh, Eve, ¿qué voy a hacer contigo?

El corredor estaba abarrotado por un mar de jóvenes que se precipitaba hacia la salida. Tabita la tomó del brazo, como acostumbraba, y le lanzó una mirada radiante.

—¿Qué harás este fin de semana?

—Nada, supongo —respondió Eve.

—Yo sí tengo un plan.

—¿Un plan?

—Sí. Para nosotras. —Tabita era entusiasta, e insufrible cuando se trataba de recibir un rechazo; nunca se conformaba con un «no», a menos que hubiera una buena razón. Y Evelyn nunca tenía una—. Este sábado será la apertura del *edom*.

—¿Te refieres a la exclusiva fiesta de inauguración del club de la séptima avenida a la que solo tendrán acceso los mayores de veintiuno?

—Sí.

—No será posible.

—Yo digo que sí —insistió Tabita—. Pellet ofreció conseguirnos invitaciones y hacernos identificaciones falsas, y sabes que es todo un profesional en ello.

—Sí. Y también ha estado dos veces en prisión por ese asunto —repuso Eve, sabiendo de antemano que nada de lo que dijese haría cambiar a Tabita de parecer—. Además, míranos, apenas aparentamos los dieciséis que tenemos.

Tabita no la decepcionó.

—Oh, vamos, Eve —insistió—. Será divertido. —Se detuvo ante ella y la miró con bribonada—. Tal vez te encuentres con el apuesto Caleb. Oí que él y todo su grupo irán a la fiesta.

Caleb. En absoluto fue una sorpresa para Eve que Tabita utilizara aquel nombre para llamar su atención respecto al

plan del fin de semana. Caleb era deseado por todas en el instituto; Evelyn incluida. En ese momento Tabita y ella estaban atravesando el parking hacia el Dodge de la madre de Tabita. El cielo del atardecer, sobre la fachada de Saint Saviour High School, era una mezcla entre azul intenso, dorado y naranja al final, en el cenit.

—¿Has notado que no ha venido a la secundaria estos últimos días? —dijo Eve como de pasada.

—¿Quién?

—Caleb.

—Oh, sí —convino Tabita con una risita jocosa—. Escuché que su madre está enferma y que él le hace compañía. ¿Quién lo diría? Caleb Goodbrother, el chico más guapo y popular de la secundaria, es también un gentilhombre cuidador de los pobres y desamparados —añadió antes de abrir la puerta del Dodge y abordarlo.

—No creo que su madre sea una desamparada —replicó Eve a regañadientes una vez ocupó el puesto contiguo al de Tabita. Después cerró la puerta, se puso el cinturón, y añadió—: Quizá sea más que una enfermedad.

No había forma de saberlo, los Goodbrother, que antes habían sido vecinos de la residencia que Evelyn compartía actualmente con su padre, se habían mudado hacía ya seis años tras la muerte del padre de Caleb. Caleb había sido el mejor amigo de Evelyn por entonces; habían compartido tantos momentos y sus familias habían sido muy unidas; habían pasado juntos navidades, días de acción de gracia, pascuas. Y de repente, todo acabó tras la mudanza.

Se reencontraron, en la secundaria, años más tarde, pero ya no era lo mismo; no eran los mismos niños y sus personalidades también habían madurado. Caleb se volvió popular

e irresistiblemente apuesto con el tiempo, y aunque era muy consciente de eso, una parte de Evelyn pensaba que aquella atracción que sentía hacia él iba más allá de las partes que lo conformaban, más allá del espacio y tiempo...

—Como sea. —Tabita hizo un ademán con una mano y con la otra giró la llave. El auto prendió—. Dudo que eso le impida a Goodbrother asistir a la fiesta de apertura del nuevo club de la séptima. Con su madre enferma o no, Caleb no faltará a la inauguración del *edom*, y tú tampoco.

Tabita detuvo el Dodge frente a la residencia de Evelyn, a un par de calles de Prospect Park. Era un edificio antiguo de dos plantas, de típica fachada de ladrillos rojos; a un lado de la puerta había una placa de acero inoxidable con el número del domicilio («105») y una ventana cubierta con una cortina de laminillas plegables. Eve se despidió tan pronto como pudo de Tabita, no sin antes soportar una sarta de súplicas y juramentos respecto al evento del sábado. Sabía que de una forma u otra, acabaría accediendo a la insufrible persuasión de su amiga.

El padre de Evelyn no estaba en casa esa noche. Como jefe de seguridad del gobernador de Nueva York, su constante ausencia era un estipendio más del oficio que ejercía. Ya estaba acostumbrada. Además, nadie que tuviera suficiente sesos se atrevería a penetrar la casa de un jefe de seguridad de alto rango como era Taddeus White.

No obstante, si aquella amenaza llegaba a cumplirse, entonces Evelyn estaría preparada. Su aguda distracción no le impidió prestar atención a sus lecciones de defensa personal. Había sido la única manera de conseguir que su padre

obtuviera un poco de sosiego al dejar a su joven hija en solitario resguardo durante sus prolongadas ausencias, que, en el más execrable de los casos, podían extenderse hasta una semana.

El recibidor era un estrecho pasillo interrumpido por una enjuta escalera hacia la segunda planta, las habitaciones. Estaba medio oscuro y muy silencioso. Eve cerró la puerta, dejó su chaqueta de verde-oscuro terciopelo en el perchero adherido a la pared y soltó el morral a un lado de la escalera, en el suelo. Fue a la cocina y buscó en la despensa algún platillo congelado que calentar. Encontró algunas bandejas de pizza y pollo cubiertas por una película de hielo y tan duras como piedras. Eligió pizza, claro.

Su padre llevaba ya dos noches fuera —el gobernador Schmidt estaba realizando una breve gira por todo el estado de Nueva York—, y según le había informado aquella misma mañana antes de partir a la secundaria, su viaje se prolongaría hasta el sábado: dos días más. Calentó la pizza congelada en el microondas. Mientras el aparato hacía lo suyo, sonó el teléfono anexo a la pared. Se sobresaltó ante el sorpresivo estallido de aquel estridente sonido.

Inhaló, exhaló. Cogió el teléfono a regañadientes y lo pegó a su oreja.

—¿Sí? —dijo en tono brusco.

Un resoplido.

—¿Así le hablas a tu padre, jovencita?

—No. Así le hablo al aparato que casi me causa un ataque cardíaco. —Suspiró. El microondas pitó—. Estoy preparando la cena. Oh, te encantaría.

—No lo dudo. —Su padre rió—. ¿Qué has elegido esta noche tan especial? ¿Pizza o pollo?

—Pizza.

—Eso pensé.

—¿Cuándo vendrás? —Aunque ella ya sabía cuándo, no estaba de más albergar un poco de esperanza. Sacó su comida *gourmet* del microondas y quitó el brillante envoltorio de un rasgón mientras aguardaba la respuesta de su padre.

—El sábado —dijo él—. Lo siento. Quisiera volver lo más pronto posible, pero así es el trabajo. Sé que me echas de menos con desespero, Evelyn, pero el gobernador no puede interrumpir su gira por tu profunda añoranza paterna —agregó en tono sarcástico.

Ella sonrió.

—No, claro que no.

—Bien.

—Bien —repitió—. Sí te echo de menos con profunda añoranza, por cierto —añadió con sarcasmo. Aunque sí lo echaba de menos.

Su padre carcajeó al otro lado del teléfono; oír su risa carrasposa la contagió de los mismos sentimientos: alivio y tranquilidad.

—Papá —dijo después—. Debo colgar. Mi comida *gourmet* podría recuperar su estado original si no la engullo ahora. Deberías olerla.

—Ojalá pudiera —repuso él, sonriendo; luego lo oyó suspirar—. Por cierto, el gobernador Schmidt te manda saludos. Está aquí, ahora, y ha oído toda nuestra conversación.

Evelyn no pudo evitar ruborizarse.

—Ah, ¿sí? —barbotó—. También le envió saludos.

Su padre rió.

—Buenas noches, Evelyn.

—Estaré bien —le aseguró ella al advertir un amago de pesar ante la despedida, como ocurría a menudo. Evelyn sabía que aunque su padre trataba de disimularlo no habría palabra alguna que pudiera sosegar su natural preocupación paternal—. Lo estoy. De verdad.

—¿Activaste la alarma? —dijo él.

La pregunta la tomó por sorpresa.

—Sí —mintió.

—Ajá.

Ya conocía aquel «ajá» y el tono que usaba para decirlo: no le creía en absoluto. Estaba en su derecho.

—Sí, está activada —insistió Eve.

—No mientas, Evelyn —advirtió él bastante serio—. Enviaré a Ed.

«Oh, no», pensó ella.

—No, por favor. La activaré.

—Igual pediré a Ed que se dé una ronda por el vecindario. Buenas noches, Evelyn.

Dicho esto, colgó. Eve no tuvo tiempo de replicar, o de rogar. Ed McQuinn era uno de los guardaespaldas de la familia del gobernador, y su padre le había tomado aprecio durante su formación, como el hijo que nunca tuvo. Ed era alto y atractivo, y su interés hacia Evelyn —aunque quizá ella estuviera equivocada— era bastante obvio. Tabita aún le hacía bromas al respecto. Evelyn nunca lo había tomado en serio. Ed sufría de un agudo tartamudeo que apenas le permitía formular alguna palabra. Solo le quedaba esperar que Ed la viera como la hermana pequeña que tal vez nunca tuvo, y no como algo más.

Como sea; Eve tomó su pizza y fue hasta la salita, encendió la televisión y se sentó en el viejo y largo sofá de enfren-

te. Estaban pasando un especial de películas de *habla-no-inglesa* en HBO; pese a que el filme que trasmitían en ese momento, uno de sus favoritos, «La Vita É Bella», estaba pésimamente subtulado a inglés, de sus originales voces italianas, igualmente fue merecedora de su completa atención hasta el final. Al menos durante la mayor parte.

Más tarde, subió a su habitación. Después de una ducha, el mundo empezó a disiparse; no había nada más allá de su cama y de aquella almohada reconfortante. Pegó su mejilla a ella y suspiró profundamente. Luego abrió los ojos, un instante, y de pronto, ahí estaba su madre, en un fino portarretrato metálico sobre la mesita de noche, mas no realmente con ella.

CAPÍTULO 3

Ya era entrada la noche cuando Evelyn se despertó desorientada. Había oído estrepitosos golpes que provenían desde abajo. Se escudriñó los ojos. Todavía estaba semidormida cuando apartó la colcha, se levantó y se calzó con un par de chinelas grises. Luego salió de su habitación. El angosto pasillo de las habitaciones estaba oscuro y un frío despiadado lo envolvía. Quizá fue solo un sueño, pensaba mientras bajaba las escaleras; pues no había escuchado más golpes desde que saliera de su habitación.

Pero no. Media docena de golpes, más contundentes y violentos que los primeros que la arrancaron del sueño, terminaron de espabilarla. Su corazón empezó a latir con frenesí. Una vez abajo, miró la puerta. Alcanzó a ver una sombra fornida a través del denso cristal azul oscuro. Era un hombre; Evelyn estaba casi segura de ello. Más golpes.

Se sobresaltó.

—¿Quién es? —terminó preguntando. La voz le salió febril y más aguda de lo habitual. Tenía que controlarse.

La sombra fornida e inmutable no respondió; en su lugar, arremetió contra la puerta nuevamente.

Echó un vistazo hacia la alarma, un pequeño aparato blanquecino y con luces titilantes, adjunta a la pared del

costado contrario de la escalera. Masculló una maldición: había olvidado activarla. Justo hoy, justo esa noche, que su vida podría estar corriendo peligro. Hubo más golpes.

—¿Quién es? —repitió.

Y luego, silencio.

La sombra se alejó de la puerta; o al menos eso le pareció a Evelyn. Permaneció quieta un largo rato. Fue hacia la alarma y la activó: colocó la clave y cerró el compartimiento. Las manos le temblaban; su corazón latía como una avecilla atrapada. Estaba fría y, quizás, pálida como un fantasma.

—Evelyn White.

La voz vino del otro lado. Era una voz grave y mellada, casi tan tronante como la de su padre; casi como si la conociera de algún otro lado. Se quedó helada. Suspiró y se aclaró la garganta. Aquella persona la conocía.

—¿Quién eres? —preguntó, esta vez con más determinación y seguridad.

Silencio.

Evelyn hizo ademán de repetir la pregunta pero fue interrumpida.

—He sido enviado por tu padre para confirmar tu bienestar —indicó el desconocido—. Necesito que abras la puerta para asegurarme de que así sea.

«Ed», pensó, y en un arranque de inconsciente estupidez, avanzó y abrió la puerta casi al soplo. Una parte de ella se sintió terriblemente aliviada —momentos antes de que la puerta se abriera— de que se tratara de Ed. Luego, casi de inmediato, advirtió que aquella no podía ser la voz de él, pues hablaba con mucha fluidez, sin tartamudeo. Supo que se arrepentiría.

—Evelyn —dijo el desconocido.

Ella ahogó una exclamación. Estaba más tiesa que antes. Nunca había visto a ése hombre. Era muy alto y fornido; lucía una chaqueta de cuero negro con capucha que sumía su rostro en una oscura penumbra. Sus peores pesadillas se hicieron realidad. Solo alcanzaba a ver el destello de los ojos del individuo en las sombras. Se echó hacia atrás.

—Espera —dijo él, alzando una mano hacia ella. No fue aquella palabra la que detuvo su acción de huida, sino su tono inofensivo de decirlo. Ella se paró y lo miró detenidamente—. No cierres la puerta, Evelyn.

Evelyn. Su forma de decir el nombre de ella con aquella voz serena, pausada y sombría, le heló la sangre. Realmente no quería atacarla, ya lo hubiera hecho de ser así; solo quería que lo escuchara, advirtió al notar la postura relajada que adoptaba en ese momento. Suspiró levemente y se plantó ante él tan firme como pudo.

—¿Quién eres? —lo interrogó Evelyn—. ¿De verdad te ha enviado mi padre?

—Te diré quién soy si me dejas pasar —contestó él—. Te diré todo lo que quieras saber después de decirte quién soy y de dónde vengo. De otro modo, al responderte aquí afuera, correré el riesgo de que me cierres la puerta en la cara y tendré que utilizar métodos menos agradables. —Aquella última frase casi sonó como una amenaza.

Evelyn no se movió de su lugar.

—¿Te ha enviado mi padre? —repitió firmemente.

Aquel hombre soltó un resoplido exasperado y se bajó la capucha. Lo primero que observó ella fueron sus ojos, un par de anillos de intenso azul en torno a las negras pupilas. Eran alucinantes, casi hipnóticos. Su cabello era una brillante mata castaña oscura que llevaba en punta, inalterable ante

el movimiento ejercido para quitar la capucha. Su rostro era muy atractivo, fuerte, mandíbula recta y pómulos afilados; tenía una fina capa de vello cubriéndole el mentón, las patillas y en torno a los labios.

Evelyn no tuvo tiempo de hacer más fijaciones en él. El sujeto la rodeó, como una serpiente esquivando una roca en su camino, y entró precipitadamente a la casa, rozándola con uno de sus fornidos brazos. Eve por poco se desploma hacia atrás. Lo siguió con la mirada luego de reponerse: terció hacia la cocina. Resopló, asustada. Echó un vistazo fuera. No había nadie, hacía frío y silencio. Notó una oscura y reluciente camioneta aparcada en el otro extremo de la solitaria calle. Jamás la había visto. Otro suspiro y entró.

Tal vez estuviera cometiendo el peor error de su vida al no pedir ayuda; nunca lo sabría, se dijo, pues, para entonces, ya estaría muerta. La alarma continuaba silenciosa e inalterable. Podía activarla cuando quisiera, pero no lo hizo. Desfiló por el estrecho pasillo en pos del desconocido.

—¿Qué haces? —espetó.

El hombre golpeó el bajo de la nevera con la cabeza y soltó una palabrota. Al erguirse, tenía una lata de *Coca-Cola* en la mano, que procedió a abrir luego de cerrar el refrigerador. Él la miró, despreocupado, y alzó la lata. Evelyn negó con la cabeza, muda. El desconocido se recostó en el borde del mesón, displicente, y abrió la lata; un chasquido y su corazón se detuvo un instante.

—Mi nombre es Tadhg —dijo él, y dio un profundo sorbo a la gaseosa.

—Tadhg —repitió Eve, incrédula—. ¿Qué clase de estúpido nombre es ese?

Él bajó la lata, exhaló, y se pasó el dorso de la mano por los labios.

—Ese fue el mote que me puso mi abuelo —soltó en tono de advertencia—. Cuidado. —Y dio otro sorbo.

La luz de la cocina era muy blanca y radiante, ningún detalle se escapaba de ella. Entonces, aprovechando el momento, Evelyn observó con más detenimiento al desconocido. Había algo de familiar en él que no lograba descifrar. Además, era más atractivo bajo esa luz, casi como un dios de carne y hueso. Nunca había tenido a nadie tan atrayente como Tadhg ante ella, además, claro, de Caleb.

Tenía brazos fuertes, hombros anchos y un torso musculoso. Lo podía percibir a través del ajustado cuero de su cazadora. Le resultaba imposible apartar la vista de él. Quizá tenía veinticuatro o veinticinco, no demasiado mayor. Evelyn sabía que alguien como ése hombre estaba lejos de sus posibilidades.

Tadhg bajó la lata y la miró con indiferencia.

—Lo sé —dijo, y esbozó una hábil sonrisa en sus labios carnosos—. Soy increíblemente atractivo.

—Mi padre no te envió —replicó ella, secamente, tras recuperar el aliento.

—No.

—Entonces, ¿quién eres?

—Soy agente de... —Se interrumpió. Al parecer, ni él mismo creía lo que estaba a punto de decir—. Soy un agente especial.

—¿Cómo de... la CIA? —aventuró ella. Entonces advirtió una forma metálica adherida al cinturón de Tadhg y medio oculta por la cazadora; pese a ello, Eve sabía perfectamente cómo lucía un arma. Casi entró en pánico—. Tú... tú...

—No soy de la CIA, Evelyn —afirmó él con especial énfasis en su nombre—. Aunque conozco a alguien que sí.

Ella tragó saliva.

—¿Quién eres? —insistió.

Tadhg dejó la lata sobre la sobremesa, cuadró los hombros y se plantó ante ella. Era más alto de lo que Evelyn había notado al principio, y más sombría su mirada, casi con un brillo de lamento; una flama febril y azul, eran sus ojos cercanos a los de ella, y distantes también. Distantes. Con todo, ella se sintió atravesada por aquellos ojos azules. Las piernas le flaquearon, por un instante, y a poco estuvo de caerse.

Tadhg estaba próximo a responder, advirtió ella. El silencio que precedía un anuncio era siempre el peor de todos, era un silencio gélido y punzante.

—Soy —dijo él, despacio— un agente del futuro.

Evelyn arrugó el ceño.

—¿Qué? —exclamó.

Tadhg se volvió, dándole la espalda, y se pasó la mano por el oscuro cabello.

—Soy un agente del futuro —dijo seriamente. Aquella voz era fuerte y también un poco apagada. Tadhg se volvió y la miró fijamente—. Vengo del futuro. He sido enviado al pasado, el aquí y ahora, por una agencia que se encarga de ello. Mi misión, y la de los demás agentes, es preservar el futuro de la humanidad desde el pasado.

Silencio. Largo y pesado silencio. Evelyn bajó la mirada, desconcertada y aturdida.

Tras varios segundos, Tadhg volvió a hablar.

—¿Dirás algo alguna vez?

Ella alzó la vista y sonrió.

—¿Estás de broma? —espetó, agitando las manos—. No me causa gracia —lo apuntó con el dedo—. Tú... tú no eres gracioso. ¿Quién te ha enviado? ¿Tabita? —estalló, furiosa—. Claro, fue Tabita. ¡Tabita y sus bromas!

—Es cierto —la cortó Tadhg secamente; apretaba la dura mandíbula y los puños a los costados, sus nudillos se tomaron carmín y sus ojeras, color magulladura. El razonamiento de Evelyn pareció herir su sensatez, su orgullo. Quizá él mismo se lo creía, que venía del futuro, y no era una broma, después de todo; eso significaba que había dejado entrar a un lunático a su casa—. Te lo aseguro, todo lo que digo es cierto. Mis compañeros y yo venimos del futuro. La máquina que lo hizo posible se llama *Kerr Machine St-089*.

—¿Hay más agentes? —se oyó preguntar Evelyn.

—Sí. Pocos en esta época.

«Más lunáticos», estuvo a punto de decir.

—Sé que no me crees —le aseguró Tadhg, tenso como una tabla—. Pero en algunos minutos podré probártelo.

—¿Qué sucederá entonces?

—Ellos vendrán —replicó con tono ominoso—. Los pyxis.

—¿Pyxis? —repitió Eve—. ¿Qué son pyxis?

Tadhg echó un vistazo a la hora marcada en el contador del microondas y resopló.

—Debo sacarte de aquí antes de que ellos lleguen —aseveró.

Lo que fuera que fuesen esos pyxis, se preguntó Evelyn, ¿qué harían en su casa?

—¿Por qué vendrían aquí? —dijo con voz sosegada.

Si no era una broma y sí un juego, había decidido jugarlo sin importar los riesgos.

Tadhg la miró sombrío. Cada vez parecía más inquieto, nervioso, se movía de un lado a otro.

—Quieren asesinarle —afirmó.

Y entonces, Evelyn sintió un ramalazo de frío atravesándole el pecho. Se quedó tan quieta como una estatua, y para completar, se oyeron golpes taimados contra la puerta. Por un instante, su corazón se detuvo. Al otro, volvió a latir acelerado. Tadhg y ella compartieron una mirada. Más toques. Si este era un juego, una broma cruel, o lo que fuera, ella decidió terminarlo de una vez.

Salió precipitadamente de la cocina, apenas oyendo la voz de Tadhg en un susurro que se quedó a sus espaldas, intentando detenerla. Evelyn avanzó hacia la puerta, advirtiendo una sombra a través del denso cristal, y, haciendo acopio de todos sus bríos, la abrió.

—E-E-Evelyn, ¿e-estás bien? —tartamudeó Ed.

Evelyn lo miró de hito en hito.

—Sí.

—¿Po-Por qué e-estás des-pi-pi-puerta?

Ella echó un vistazo hacia atrás, discretamente. Tadhg no estaba, o sí..., tras la pared de la escalera. Luego miró a Ed y actuó un bostezo.

—Tocaste la puerta, ¿no?

—S-Sí. —Él sonrió nervioso, y se puso rojo como una manzana.

—Además, mi padre me advirtió de ti —indicó ella—. Sabía que vendrías para asegurarte de que estuviera bien.

Ed era un poco más alto que ella. Tenía hombros cuadrados y el mentón puntiagudo. Su tez blanca exudaba excesivamente. Sus ojos grises se mantuvieron fijos en los de Evelyn; no la estudiaron de arriba abajo ni una vez, él estaba

muy nervioso para eso. Lucía un *suit* negro, el formal uniforme de los guardaespaldas de élite de la agencia que presidía el padre de Eve.

—Estoy bien, Ed —lo tranquilizó ella, y bostezó; esta vez le salió más exagerado—. Tengo sueño. Quizá...

—Lo ssi-siento —tartamudeó Ed, y alzó la mano para despedirse—. Adiós.

—Adiós.

Dicho esto, cerró la puerta.

Inmediatamente, el hombre que aseguraba venir del futuro salió del rincón y avanzó con premura hacia ella. Su mirada era la antítesis de la bondad; un abismo azul y frío, afiladas esquirlas de cristal que atravesaron el pecho de la chica. Permaneció impávida y muda mientras se le acercaba con determinación. Estaba furioso.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —le increpó, y la tomó por la muñeca—. Vendrás conmigo.

—No iré a ningún lado. —Ella hizo un ademán infructuoso por liberarse de su agarre. El sujeto apretó fuerte y tiró de ella hacia la puerta. Evelyn tomó la mano que le apretaba la suya y le torció la muñeca. Él gruñó. Ella quedó libre y corrió escalera arriba. Tadhg la agarró por el tobillo, en un intento por alcanzarla, y Eve cayó de bruces sobre los peldaños alfombrados; el hombre tiró de ella hacia sí, y Evelyn le alcanzó la barbilla con una patada de la otra pierna.

Una vez libre, subió. Tadhg le pisaba los talones, de modo que Evelyn se metió en el cuarto de baño. Batallaron para cerrar la puerta. Ella lo venció otra vez. Dentro, el sujeto arremetió golpes contra la puerta, tumbos que atravesaban la madera hasta su espalda. Tenía los ojos anegados en lá-

grimas y el corazón tan acelerado que temía que le estallara en cualquier momento. Debía pensar en algo.

—Vaya que te has ganado tu mote, Furia —espetó Tadhg con un gruñido desde el otro extremo. Ya no golpeaba la puerta—. ¿Qué parte de que debo sacarte de aquí antes de su llegada no has entendido?

—Es una broma —gritó Eve.

—No, absolutamente no —replicó el hombre en voz alta—. Ellos llegarán en cualquier momento.

—¿Y por qué a mí? —gimió ella entrecortada—. ¿Por qué quieren asesinarme?

—No puedo decirte —afirmó él—. Son las reglas, y las reglas de la Agencia deben respetarse. Mi equipo y yo no podemos revelar detalles sobre el futuro para no alterarlo. Eres de suma importancia para nosotros —golpeó la puerta—. ¡Joder, abre!

«Está loco», pensó Evelyn.

—¿De qué año vienes? ¿Puedes decirme eso? —No podía creer que de verdad lo estuviera preguntando.

—¿Qué?

Repitió la pregunta.

Un instante de absoluto silencio.

—Dos mil cuarenta y ocho —respondió Tadhg templado, y lo oyó suspirar—. ¿Me abrirás ahora?

Evelyn lo pensó.

—Está bien —dijo por fin—. Apártate.

No había decidido creerle, pero quizá era la única forma de salir ilesa de toda esa locura. Su cometido era llegar hasta la alarma, en la planta baja, y accionarla. Claro, no sería fácil, y tenía que protegerse de algún modo. Buscó en los cajoncillos bajo el lavamanos. Acto seguido, abrió la puerta y

salió despacio, apuntando a Tadhg con una pequeña lata de pimienta en aerosol.

Él sonrió.

—En la Agencia hay de esos —dijo despreocupado, con las manos alzadas—. Solo que cumplen otras funciones.

—¿Cuáles? —se atrevió a preguntar.

—Algunas borran la memoria y otras te dejan en estado de inconsciencia. —Su tono, lleno de naturalidad y cinismo, la hizo vislumbrar el grado de locura que colmaba la mente de aquel sujeto—. Los Pyxis no tienen memoria, por tanto, solo los utilizamos con humanos. Y tranquila, no llevo ninguna ahora.

Despacio, ella bajó la mirada hacia el arma brillante en el cinturón de Tadhg.

Tadhg siguió sus ojos y afiló la sonrisa.

—Esto —dijo mientras hacía ademán de tomarla— es un «arma paralizante», y funciona...

—¡Alto! —le gritó Evelyn, y él quedó tieso en el acto—. No la toques.

—Solo quiero mostrarte.

—No hace falta.

Él chascó las encías.

—Es la única forma de que me creas —insistió—. Todo lo que te he dicho es verdad, mi equipo y yo venimos del futuro, y es nuestra actual misión protegerte de los Pyxis.

—¿Dónde está tu equipo? —inquirió ella, nerviosa y aturdida—. ¿Qué son los Pyxis?

—Haces muchas preguntas.

—Sí. Y tú me das pocas respuesta —replicó, hosca—. ¿Y por qué me llamaste Furia?

—¿Eso hice? —Frunció el ceño.

Ella se acercó y alzó todavía más el aerosol, amenazadora. Tadhg levantó las manos, temeroso de ser rociado por el picante, y cambió el peso de una pierna a la otra. Siguió tan serio y despreocupado como antes. Evelyn, en cambio, estaba casada, enfurecida y asustada, y la noche apenas empezaba.

—Sí. Me llamaste Furia —bramó—. «Vaya que te has ganado tu mote, Furia», dijiste.

—Antes me has preguntado algo —retomó Tadhg—. Mi equipo y dónde está. En este año solo hemos venido cuatro: mi hermana y yo, y otros dos que están en nuestro refugio temporal: la Agencia. Y los Pyxis... Es complicado explicarlo. Te recomendaría que aguardáramos su llegada, de este modo los podrías ver con tus propios ojos —añadió—. Pero estaría en riesgo tu vida y nuestra misión. Así que no es una opción, Evelyn.

—¿Y planeas llevarme contigo a la Agencia?

—Planeo protegerte.

—¿Por qué?

—Porque es mi misión —afirmó él con ímpetu—. Y porque eres importante para el futuro. Y porque... —Se interrumpió y bajó la mirada, conteniendo las ganas inmensurables de querer decir algo más, añadir algo que, tal vez, fuera más importante que cualquiera de las otras razones que ya había mencionado.

—Está bien —dijo ella finalmente, y dejó caer el aerosol—. Iré contigo.

Tadhg compuso un amago de sonrisa.

—Bien. Debemos irnos ya —dijo con apuro.

—No —exclamó ella—. Debo cambiarme, recoger algunas mudas de ropa y... ¡Dios, mi padre! Si me iré, al menos debo dejarle una nota.

—No hay tiempo, Evelyn —aseveró Tadhg, y le tomó la mano; se miraron fijamente un prolongado instante—. Los Pyxis...

Se oyeron golpes en la puerta, tan taimados como los que había asestado Ed, y la atmósfera se volvió tensa. Se le puso la piel de gallina y su corazón, empezó a latir pausadamente. Cada silencio, tras el doble par de golpes sosegados, era más tortuoso que el anterior. Sus miradas se volvieron a encontrar.

—Están aquí —susurró Tadhg.

—¿Qué haremos? —preguntó ella, nerviosa y conmocionada, tan temblorosa como un flan.

—¡Escóndete!

—¿Dónde?

—Ahí. —Señaló el cuarto de baño—. Y toma. —Le paso el arma que tenía en el cinturón—. Sé que sabes utilizar una pistola, tú padre te enseñó; esta arma no es diferente, aunque su efecto sí. Asegúrate de dar en el blanco. Daré tres toques a la puerta si soy yo —añadió en voz muy baja—; de lo contrario, abre y dispara a lo que sea que tengas en frente, incluso si se parece a mí.

—¿Qué harás tú? —preguntó Eve mientras tomaba el arma paralizante, como la había llamado Tadhg, y se metía en el cuarto de baño.

—Yo me encargaré de ellos. —Se inclinó y sacó otra arma, más pequeña y negra, de una faja en su pantorrilla; luego la miró—. Recuerda, daré tres toques. —Evelyn asintió, y él sonrió de medio lado—. Deséame suerte.

Y cerró la puerta ante ella.

En el cuarto de baño, sola y temblando, se quedó pensando en todo lo que había pasado en las últimas horas. Despertó. Fue abordada por un desconocido. Su nombre era Tadhg y aseguraba venir del futuro. La visita de Ed. Y claro, el insigne peligro que corría su vida si caía en manos de aquello que Tadhg llamaba Pyxis y cuya naturaleza ella seguía desconociendo. Se pasó el dorso del brazo por la nariz, para enjuagar la humedad; se sentó en el suelo alfombrado y suspiró.

Durante un largo rato no escuchó nada más que silencio, tenso y asfixiante. Llena de zozobra, intentó distraerse estudiando cuidadosamente el arma que Tadhg le había entregado. El arma paralizante. No parecía otra cosa que una simple pistola metálica, pesada y abrillantada; el gatillo era rojo y también el borde del cañón. Sí había algo extraño en ella, eso era innegable. Sin embargo, Evelyn no estaba dispuesta a descubrir qué era.

Entonces recordó lo que Tadhg le dijo en el momento en el que se la entregaba. En efecto, durante las lecciones de defensa personal su padre había insistido en llevarla a un campo improvisado de tiro al blanco. Ella se había mostrado temerosa, pero luego de la primera docena de disparos, empezó a sentirse más conforme y aupada al arma en sus manos. Su padre no había podido disimular su sorpresa ante la precisión de sus disparos: la mayoría casi habían dado en el blanco. ¿Cómo sabía Tadhg que ella había aprendido a disparar un arma?, se preguntó, ¿qué tanto más sabía sobre ella? ¿Cuánto tiempo llevaba espiándola, si ese era el caso?

Tal vez había tenido razón todo ese tiempo y, después de todo, sí venía del futuro.

Se escuchó un estallido, y Evelyn se sobresaltó, ahogó un grito, y se cubrió la boca con las manos, dejando caer el arma contra el piso. Ésta emitió un sonido sordo, lo que la sobresaltó aún más. Otra vez silencio. Gateó hacia la puerta y pegó la oreja para intentar oír algo más. Hubo otro estallido y se alejó al soplo; cogió el arma con las manos temblorosas e intentó, mediante pausadas respiraciones, sosegar su tribulación.

Además de otro par de estallidos, que eran como leves explosiones de alguna bomba lacrimosa o un siseo pausado, también escuchó golpes. Si daba crédito a lo que oía, entonces eso significaba que Tadhg se estaba enfrentando a alguien, o a algo, en el recibidor cerca de las escaleras o en el pasillo hacia la cocina. Dedujo que la primera explosión no había sido eso en sí, sino un estallido. El estallido de la puerta al ser derribada.

Escuchó más detonaciones; no eran balazos, sino más bien como... láseres. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Era un sueño? Si este era el caso, quería despertar. Alguien jadeaba y profería maldiciones, y asoció aquello a la voz de Tadhg. Un estruendo. Una catástrofe. Desastre. Algo, sonoramente inhumano, gritó y desfalleció.

Y después, nada.

El silencio fue denso; después, quebradizo, y, finalmente, insoportable. Se puso en pie. Le temblaban las piernas, las manos y los labios, y no era por el frío, que claramente imperaba en el cuarto de baño. Inhaló y exhaló profundamente.

—Evelyn.

Se sobresaltó... hasta que reconoció la voz de Tadhg.

—¿Estás bien?

—Sí —balbuceó él.

Un instante de silencio.

—Abre, Evelyn. —Había cierta falta de cadencia en aquella voz, un tono demasiado monótono. La mano que sostenía la pistola le comenzó a temblar a Eve—. Abre la puerta, Evelyn.

«Recuerda, daré tres toques», le había dicho Tadhg.

Un golvazo fue arremetido contra la puerta, y ella reaccionó echándose hacia atrás de un salto.

Ése no era Tadhg.

—¡Abre, Evelyn! —gritó él.

—¡No!

Alzó el aparato, intentando controlar su pulso frenético, y apuntó hacia la puerta. No sabía qué efecto causaría aquella arma, quizá la muerte, y tendría que cargar con ello el resto de su vida si ese era el caso. Su corazón latía muy acelerado. Sus labios estaban secos y sus ojos, empapados de lágrimas.

—Evelyn —dijo aquella voz como una advertencia.

Luego de un prolongado y gélido silencio, un golpe atravesó la puerta. Un puño traspasó la madera. Después, un rostro negro y azul brillante la observó por el orificio. Se asustó. Escuchó una risa. La cara desapareció. Entonces, súbitamente, y acompañado por un sonido estridente, la puerta se abrió de porrazo. Ella gritó.

Una nube de humo entró al cuarto de baño, gris y negro, y Evelyn comenzó a toser. La sombra de algo surgió de la nada y de pronto estaba allí dentro. Ella se quedó helada de solo ver lo que era. Era desagradable. No había visto nada igual antes. Parecía que le sonreía, pero no estaba segura. Su cabeza era negra y brillante como cerámica, ovalada; no te-

nía ojos y apenas un amago de boca. Era un ser alto, casi tuvo que inclinarse para pasar por la puerta, y tan delgado como un espárrago. Extendió una de sus manos hacia ella; sus dedos eran largos y afilados como cristales rotos en punta. Evelyn reaccionó.

Y disparó.

El sonido que prosiguió a su reacción fue escalofriante. Eve se quedó tan tiesa como una estatua. El arma, al ser accionada, emitió un láser violeta que impactó el pecho de la temible criatura. Ésta se tambaleó hacia atrás un instante. Al otro, quedó petrificada.